

El llamado de Unicef

Ramón Rocha Monroy

Unicef, la Organización de Naciones Unidas para la Infancia, presentó en Cochabamba, Santa Cruz y La Paz un programa ambicioso para promover y defender los derechos de los niños y niñas. Se ha conformado un grupo de Amigos de la Infancia integrado por un director de cine, Juan Carlos Valdivia; una comunicadora, Casimira Lema; un pintor, Roberto Mamani Mamani; reconocidos cultores de la música, como Matilde Casazola, Gisela Santa Cruz, Savia Andina y Octavia; un escritor, este servidor; una dirigente de la Confederación Nacional de Mujeres Campesinas Indígenas Originarias Bartolina Sisa, Julia Ramos; y un personaje popular, el hincha número uno de la Selección boliviana, Daniel Aliaga, *El Chasqui*.

No es un número limitado de amigos y amigas de los niños. Son más bien promotores, cuya misión es unir voluntades, cada uno en su campo, para abogar por los problemas y las luchas que enfrentan niños y niñas frente a la desigualdad social, para informar a la población sobre los derechos de la infancia, para recaudar fondos destinados a los programas de Unicef en favor de la infancia nacional y participar en las actividades previstas por la institución matriz.

Siempre he insistido en una percepción que cada día la siento más nítida: donde hay un niño o niña en problemas hay una madre atribulada, y la mejor forma de proteger los derechos de ese niño o esa niña es proteger a la madre.

Es común decir que en los niños y niñas está el futuro, y que cuidarlos es sembrar para cosechar mañana. Pero hay que ahondar en el concepto. La madre y el niño producen y reproducen la sociedad en su conjunto, producen y reproducen a la humanidad. No habría población en el mundo sin esa alianza estratégica de madres y niños. A una madre debería bastarle con dar a luz y criar hijos sanos para recibir toda la ayuda y la comprensión del Estado y de la sociedad. A un niño o una niña deberían bastarles jugar, crecer, ser felices para merecer la

atención del Estado y la sociedad. Sin embargo, las madres bolivianas deben trabajar, deben multiplicar su jornada laboral y encima de eso atender a sus niños, en tanto que niños y niñas se ven obligados a trabajar desde los cinco años para buscar el pan diario. Madres, niños y niñas son explotados por los acaparadores del ingreso.

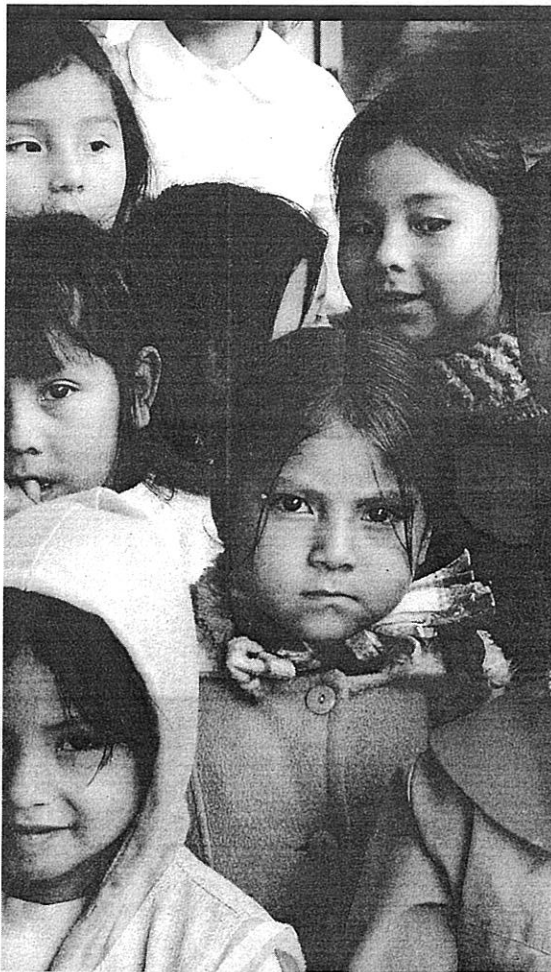
Una madre sueña lo mejor para sus hijos. Sueña con darles nutrición, salud, alegría, tiempo libre, y procura forjarles las mejores oportunidades de educación y calidad de vida para que formen nuevos hogares, nuevas familias. Sin embargo, los empleadores inescrupulosos no tienen los mismos sueños, no garantizan educación ni calidad de vida, sólo ven a niños y niñas como fuerza de trabajo presta para renovar el ejército de desocupados, que se ve obligado a aceptar un ingreso mínimo para sobrevivir.

Las madres, los niños y niñas son los grupos más vulnerables del país. En los países desarrollados, madres y niños reciben subsidios del Estado y las madres, por el solo hecho de ser madres, tienen derecho a la jubilación. Esto al menos ocurre en los Estados de bienestar en el mundo desarrollado. Pero en los países pobres, los organismos internacionales presionan a los países para que achiquen sus Estados, para que reduzcan el déficit fiscal sin importarles que aumente la deuda social. Esto se traduce en la eliminación de subsidios a los alimentos, al combustible y al transporte, en la flexibilidad laboral, que es la forma más directa de entregar a los pobres a las fauces de los empleadores inescrupulosos.

Sin embargo, las madres, los niños y niñas son depositarios de la utopía, son los principales habitantes del planeta que sueñan con un mundo mejor, con empleo pleno, salarios dignos, calidad de vida y justicia social para estos grupos vulnerables.

En lo que me concierne, ya estoy tomando contacto con escritores y escritoras bolivianas para publicar una antología de cuentos infantiles, destinada a la distribución en las escuelas. Todo esfuerzo será poco para responder a lo mejor que me ha dado la vida: hijos e hijas, y tres hermosos nietos.

El autor es cronista de Cochabamba.



“A un niño o una niña deberían bastarles jugar, crecer, ser felices para merecer la atención del Estado y la sociedad”.